



La utopía de la objetividad

The utopia of objectivity

Fernando Aliata*

Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Argentina

f_aliata@yahoo.com

<https://orcid.org/0009-0003-6510-1224>

Fecha de envío: 13 de noviembre de 2025

Fecha de aceptación: 20 de noviembre de 2025

Fecha de publicación: diciembre de 2025



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución- NoComercial-CompartirlIgual 4.0 Internacional](#)

* Fernando Aliata nació en La Plata en 1953. Es arquitecto (UNLP) y doctor en historia (UBA). Realizó además estudios de posgrado en el IUAV, Italia, entre 1983 y 1986. Actualmente es profesor titular e investigador independiente del CONICET en la FAU UNLP, así como subdirector del Instituto HITEPAC. Ha sido presidente de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia y director del Doctorado de la FAU UNLP. Ha publicado diversos artículos y libros de historia de la arquitectura y la ciudad referidos sobre todo a la primera mitad del siglo XIX y la segunda mitad del siglo XX, entre ellos se destacan; Diccionario de Arquitectura en la Argentina (con Jorge Liernur) (2004); La ciudad regular (2006); Carlo Zucchi, Arquitecturas, decoraciones urbanas, monumentos (2009) y Estrategias proyectuales (2013).

Introducción

Reseña del libro de Laura Alemán. *Elogio del esperanto. Arquitectura objetiva y empirismo lógico (1927 - 1931)*. Estuario editora, Montevideo, 2025. Producto de una tesis doctoral, el libro intenta profundizar acerca de la relación que se produjo entre los integrantes del círculo de Viena y algunos de los arquitectos y artistas congregados en la Bauhaus durante la primera posguerra.

Cuando Laura Alemán presentó su proyecto de tesis hace ya varios años en uno de los encuentros de la red de doctorados en la cual confluyen muchas universidades del Cono Sur, si bien su alocución fue contundente, tuve la sensación como parte de la Comisión evaluadora de que ese proyecto era irrealizable; sobre todo porque se refería a un tema estrictamente europeo cuyas fuentes estaban muy lejos y, en general, en una lengua que exigía una preparación poco frecuente entre nosotros. La realidad me demostró que por suerte estaba equivocado y que esta tesis defendida con éxito por la autora y ofrecida ahora como libro, corresponde a un nuevo capítulo en la construcción de conocimiento en nuestra disciplina en el cual estamos hoy insertos.

En efecto, en los últimos dos años fui testigo, como jurado, de tesis brillantes que escapaban al tradicional análisis de temas locales y se abocaban al tratamiento de problemas que corresponden a un ámbito global. No digo que este sea el único camino a seguir y podría enumerar otras tantas tesis sobre problemas estrictamente nacionales o sudamericanos que he podido conocer en los últimos años, todas ellas de excelente factura. Pero lo que sí demuestran estos trabajos es que la tecnología, la ampliación y especialización de los reservorios informáticos, la posibilidad de la traducción casi automática de textos, la posibilidad de realizar ahora con más frecuencia estadías en otras universidades, nos han permitido acceder a información que solo hace algunos años no era disponible para quienes vivimos en esta periferia planetaria. Al mismo tiempo, como bien nos dice en la introducción al libro Guillermo Ranea, Laura se atrevió a eludir en su trabajo el ser “mera receptora y propaladora del rol que la división internacional del trabajo humanístico suele asignarnos, inapelable, a quienes habitamos en las latitudes australes ibero-parlantes”.

Por otra parte, dentro de este contexto auspicioso, sorprende gratamente la constante producción de tesis brillantes en historia y teoría de la arquitectura de los graduados de la UDELAR, lo que permite pensar en un crecimiento en la calidad y capacidad de los docentes e investigadores de esta casa de estudios que han alcanzado a nivel internacional una sólida madurez.

Frente a todo esto, difícil me resulta ensayar una interpretación que se acerque a las lúcidas introducciones al libro, tanto la de Adriana Collado como la de Guillermo Ranea, pero voy a intentarlo.

En principio, nos encontramos frente a una investigación que plantea una complejidad poco frecuente, ya que intenta relacionar dos campos del saber diversos: la arquitectura y el urbanismo y el campo filosófico en la primera mitad del siglo XX. En efecto, el trabajo de Laura despliega una trama abierta que intenta probar las correlaciones posibles entre el planteamiento de un funcionalismo radical sostenido por Hannes Meyer durante su breve etapa como director del Bauhaus y los postulados filosóficos del Círculo de Viena. Es cierto que como bien afirma la autora, se trata de un camino previamente transitado, pero la novedad, el aporte al conocimiento en este caso, se centra en identificar, en un momento preciso y de corta duración, las relaciones concretas entre un grupo de personajes y dos campos del conocimiento a través de una red abierta y heterogénea. Una red que Laura reconstruye a partir de un amplio despliegue argumental que le posibilita ir desmenuzando en detalle, casi como en una microhistoria, fuentes variadas pero muy concretas.

Metodológicamente, la obra plantea tres fases o tres miradas que intentan complementarse. El umbral, que presenta a los personajes y el contexto; los lazos o puentes que reflejan las relaciones que se producen entre los protagonistas a partir de un minucioso recorrido por los encuentros, las cartas, los viajes, los congresos y que nos permiten vislumbrar la intimidad de los contactos y las empatías personales que van conformando parejas de pares: Otto Neurath y Hannes Meyer, la más importante; Lazlo Moholy - Naghy y Rudolf Carnap quien ve en el nuevo espíritu de la arquitectura algo muy similar a las nuevas corrientes de la filosofía y finalmente la predica de Franz Roh que aúna ambas experiencias como una inesperada bisagra desde la visión de la Neue Sachlichkeit. A continuación, los Nudos que nos permiten profundizar, y aquí está la demostración central de las hipótesis, las posibles relaciones de fondo y el mutuo entendimiento entre ambas corrientes. En esta parte del libro, abandonando el terreno blando de los encuentros y las coincidencias, la autora se sumerge en el campo teórico. A partir de un clima político similar, aunque no idéntico, como lo es el Austro Marxismo y la República de Weimar, ambas disciplinas comparten un diagnóstico negativo de lo heredado y un impulso hacia una transformación radical, así como la apuesta a un futuro de cambio casi inmediato. Una confianza en la posible elaboración de una racionalidad objetiva que luego Adorno verá no como la salida sino como la causa de larga data de los males de una sociedad donde el conocimiento científico ha adquirido un valor superior a cualquier otro. O sea, la racionalización ilustrada no es el camino ineludible hacia un mundo mejor, sino lo que construye la peor cara de la modernidad que muy pronto va a dar como resultado el holocausto y el totalitarismo.

Es indudable que el centro de este paralelismo entre ambos campos se encuentra en la figura de Neurath y su relación directa con el debate arquitectónico que comienza en la Viena Roja y se afianza a partir de su amistad con Joseph Frank. Por otra parte, su renuncia al detalle en aras de la claridad expresiva, la invención de los isotipos para generar una aprehensión inmediata que resulte un mensaje elocuente para los “letrados e iletrados del mundo” y su interrelación constante con el campo de la cultura, lo llevan a un creciente interés por la arquitectura y los problemas urbanos. Una tendencia que lo impulsa a participar activamente en la propagación de sus ideas y a la intervención en el famoso CIAM de 1933 en el cual va a denunciar el halo tecnocrático que está tomando la arquitectura. Coincide la militancia de Neurath con la visión radical de Meyer, con su rechazo a generar una estética del funcionalismo, su desprecio por la obra individual y su predilección por lo pluridisciplinar y el trabajo en equipo. Su afán, también, de obedecer a un mandato social que impone la urgencia de las mayorías y, finalmente, su propensión a lograr un canon ecuménico que trascienda la mera ubicuidad geográfica, algo que se revelará imposible y que llevará en la década de 1930 al surgimiento del regionalismo casi como una acción contestataria a una supuesta universalidad objetiva.

Pero Laura se mueve con cuidado frente a un profuso estado de la cuestión previo y nos indica también las ausencias y errores, en la mayoría de quienes han historiado este momento al no considerar en profundidad ambos campos para entender el nudo del problema. Tanto de parte de los estudiosos de la filosofía que conocen a medias la arquitectura y se basan en la versión edulcorada de una Bauhaus sin conflictos, como de parte de los arquitectos que no profundizan en el terreno de la filosofía. En ese sentido, lo que permite construir nuevos conocimientos sobre este tema, corregir y completar lo actuado, es la formación de la autora en ambos campos y esta es la clave que posibilita analizar esta relación con una profundidad inusual, allí donde filósofos y arquitectos por separado han resultado insuficientes.

Veamos los paralelos entre ambas disciplinas. Si la filosofía debía desmontar las trampas del lenguaje y unirse de lleno al método científico, la arquitectura debía abandonar la composición, sea esta cerrada, como proponía el mundo clásico o abierta, como el funcionalismo estaba planteando.

Si la arquitectura en su constitución tradicional nace del arché, el orden inmanente que está detrás de la naturaleza real, el construir desde “lo concreto” permite que se pierda definitivamente la idea de la existencia de una verdad metafísica por fuera de lo real. Para Meyer eso constituye el más genuino y elevado acto creativo, aunque esto signifique la disolución total de la disciplina como tal. El proyecto, entonces, nace del minucioso análisis de las condiciones reales y se somete por entero a ellas. Sería algo así, en términos clásicos, como un grado 0° de imitación de la naturaleza, ya que

las condiciones objetivas llevan a valerse de la naturaleza tal como ella se presenta y no imitar un entorno bello o idealizado. Pero simultáneamente, elimina el tiempo como factor, ya que las condiciones de hoy son objetivas, mensurables, pero no son las de mañana. La prédica de Meyer cae, entonces, en la misma trampa que el funcionalismo formalista. Al mismo tiempo su afán de “aprender del esperanto”, de generar un código universal y unitario que no repara en fronteras y solo se atiene a los hechos, de lograr una universalización objetiva en la construcción del proyecto y con ello un abandono de la tradición arquitectónica de la “composición”, no podrán soportar su propio espíritu crítico. Una mirada personal que debe hacer las cuentas permanentemente con el contexto que le toca vivir y lo llevará ya en Rusia a contradecirse con sus pasadas ideas, defender el regionalismo y proponer una arquitectura para cada una de las repúblicas soviéticas. Llegado a México condenará a la corriente vanguardista local que, de la mano de O’Gorman, había logrado incidir en la estructura estatal después de la revolución, tomando como base las ideas que Meyer y los maestros del Bauhaus habían difundido durante la década de 1920. En efecto, en 1938, Meyer profundiza su cambio de postura, defiende lo local, lo regional, contra una universalización que generará en la Posguerra una creciente empatía entre la arquitectura moderna y el “plan” del capitalismo.

Pero los paralelos no siempre simétricos y el carácter radical de ambas experiencias, presentan una paradoja: terminan siendo fagocitadas por lo que las dos pretenden eliminar. Es que Laura Alemán nos señala cómo tanto la metafísica en la filosofía, como la estética en la arquitectura no pueden ser soslayadas. La belleza de los objetos funcionales que descubren tanto Loos como Le Corbusier ofrecen una verdadera trampa a la objetividad anti arquitectónica de Meyer, ya que no pueden eludir la belleza. También en paralelo la autora nos demuestra como el Círculo de Viena no puede sustraerse a las trampas del lenguaje. El afán de producir un parricidio, la apuesta radical hacia el universalismo aparece aquí como un grito desesperado e imposible frente al derrotero dramático y catastrófico del mundo en los años siguientes. La necesidad de una negación de la historia, una refundación, un eterno presente objetivo, nos presentará rápidamente su fracaso como diagnóstico en un futuro que en pocos años se revelará tan inesperado como violento, en un dramático naufragio simultáneo de ambas experiencias.

Estas paradojas son las que alimentan un relato que mezcla el análisis de la producción arquitectónica, el discurso filosófico, las dudas y vaivenes de los propios protagonistas con un inusual rigor y profundidad. Un persuasivo método narrativo que nos señala la pertinencia de la bibliografía utilizada, el enorme y paciente aparato erudito conformado por notas e imágenes precisas y la escritura clara y concisa de la autora que alivia finalmente nuestro entendimiento frente al despliegue de una realidad tan compleja como seductora.